

Excmo. Sr. D. ELÍAS YANES
Arzobispo de Zaragoza
Presidente de la Conferencia Episcopal Española

Bilbao, 11 de Enero de 1999

Querido Sr. Arzobispo D. Elías Yanes:

Como víctimas del terrorismo y en representación propia, nos dirigimos a usted en la esperanza y el respeto que nos ofrece y merece la figura del máximo representante de la Iglesia Católica en España. Somos conscientes y aceptamos su opinión, de que no por ser víctimas de asesinatos terroristas haya que darnos la razón en todo lo que digamos. Pero somos también conscientes de nuestro dolor, injustamente aplicado sobre nosotros, e injustamente minimizado, cuando no ignorado, por quienes tienen el deber evangélico de optar por los más débiles, dentro de cuyo actual círculo social nos encontramos nosotros.

En nuestro manifiesto de Noviembre, publicado por la prensa, exponíamos nuestra queja del silencio público, que sobre nuestros problemas había evidenciado la Iglesia Oficial española en general, y la vasca en particular.

En tres diferentes comisiones, visitamos a nuestros obispos de Bilbao, Vitoria y San Sebastián.

No decimos que la Iglesia no haya denunciado la violencia terrorista.. Ya lo ha hecho con frecuencia. Como todos los estamentos oficiales, excepto los que han apoyado públicamente los crímenes etarras. Es algo que en justicia debe considerarse normal.

Lo que ahora pedimos y esperamos de nuestra Iglesia, es el apoyo moral que necesitamos, la defensa que actualmente precisamos, contra las agresiones que seguimos padeciendo, no violentas sino suaves, silenciosas y escondidas, en forma de sutiles equiparaciones con nuestros asesinos, acusaciones indirectas de

tener poca generosidad y de ser desagradecidos con quienes nos otorgan una obligada, política y misérrima atención.

No queremos limosnas de cariño, sino que exigimos el derecho de la verdad primero, la justicia después, y por último, la libertad para perdonar a quien nos lo pida con el corazón.

Recientemente, el Obispado de Bilbao se ha sumado a nuestro apoyo, definiendo los tres pilares básicos y necesarios para conseguir la tan anhelada paz: verdad, justicia y libertad para perdonar a quien esté dispuesto a ser perdonado. Son los tres puntos críticos varias veces expuestos por D. Rafael Aguirre, Catedrático de Teología de la Universidad de Deusto, el jesuita Jose M^a Tojeira, Rector de la Universidad Centroamericana de El Salvador, y el también jesuita Antonio Beristain, Catedrático Emérito de Derecho Penal de la Universidad del País Vasco.

Nuestro obispo D. Ricardo Blazquez, ha dado ya el primer paso en este camino, el único camino hacia una paz verdadera. Incluso ha hecho más. Ha pedido perdón por los posibles pecados de omisión que haya podido cometer con las víctimas del terrorismo. Este es nuestro obispo, nuestro pastor. En él confiamos.

El obispo de San Sebastián, Sr. Setién, ha declarado públicamente y ha insistido en ello, que para otorgar nuestro perdón no se necesita el paso previo del arrepentimiento de nuestros verdugos. Y esto nos duele. Es pedirnos demasiado.

El obispo Setién insiste también en el Derecho de los presos en cuanto a su acercamiento al domicilio de sus familiares. Esta opinión la compartimos, como es lógico, pero se nos antoja cuando menos partidista, el que sea de unos meses a esta parte, justo cuando Arzallus ha tomado la bandera del acercamiento de los presos etarras, en clarísimo pacto con HB, cuando se oye la voz del obispo Setién, en resonancia con Arzallus. ¿Ahora se descubre ese derecho de los presos?. ¿Por qué no hace muchos años, con los presos comunes, ladrones, drogadictos y violadores?.

Sr. Arzobispo nuestro, podríamos seguir explicando nuestras diferencias con el obispo Setién, pero no es ése el objeto de este escrito. Como usted muy bien dice, la Historia juzgará sus hechos y sus efectos, y sólo Dios podrá juzgar su alma.

Pedimos a usted como cabeza visible de la Iglesia Oficial en España, que nos ayude públicamente a enderezar la verdad de la situación actual, que junto con el ofrecimiento de la otra mejilla se hable también en los templos, de cómo Cristo nos enseñó sobre todo a pedir perdón al Padre, del significado de su ofrecimiento en justicia como precio por los pecados de la humanidad, y de la obligatoriedad del arrepentimiento para recibir el sacramento de la confesión.

Que ningún sacerdote, y menos un obispo, nos diga que debemos reconciliarnos. ¿Con quién hemos de reconciliarnos nosotros, que nunca hemos agraviado a nadie?. ¿Con quién hemos de reconciliarnos, si no hemos hecho otra cosa que trabajar y cumplir las leyes establecidas?.

Por el contrario, confiamos en que la Iglesia Oficial se dirija al único bando agresor, a los asesinos de más de 800 hombres, mujeres y niños, para conminarles a que se reconcilien -ellos sí- con sus víctimas. Ellos constituyen el único bando existente. Los demás, nunca hemos pertenecido a ningún bando de posible beligerancia.

Queremos que la Iglesia sea nuestra Iglesia, la que cumple su deber evangélico de optar por los pobres, por los más débiles, sin miedo a posibles consecuencias políticas. Con la valentía que da la defensa de la verdad. Sin recovecos diplomáticos. Tal y como nos enseñó Jesús de Nazaret.

En esta confianza, nos ponemos en sus manos, querido arzobispo nuestro.

Dios Padre ha de darle toda la fuerza necesaria.

Permítanos que le abracemos con todo nuestro respetuoso cariño.